

Esto animaba mucho a este siervo de Dios, y puesta en él su confianza salía siempre victorioso de todas las que sus enemigos (o por hablar más propriamente, los que lo eran de Dios) le acumulaban. Todas las cuales sufrió el ministro evangélico con grandísima paciencia y tolerancia. Murió, cumplido de buenos días, en el convento de Guadalaxara, de la dicha provincia de Xalisco, con grandes demostraciones de santo, y está su cuerpo sepultado en la capilla mayor del dicho convento.

Fray Daniel, lego, de nación italiano, de la provincia de Santiago pasó a esta Nueva España, con santo celo de aprovechar a estas nuevas plantas del Señor. Y después de haber estado algunos años en esta provincia del Santo Evangelio, fue enviado a la custodia de Mechoacan, donde se ocupó en su humilde ministerio todo el tiempo de su vida, enseñando a los indios la doctrina cristiana. Era muy adornado de virtudes, muy áspero en su persona; tanto, que trajo cincuenta años una cota de malla a raíz de las carnes. Era de mucha caridad y fue el primero que enseñó a bordar a algunos indios, por ser muy consumado en esta arte; y hay todavía de su mano algunos ornamentos que en aquellos primeros tiempos bordó, en esta provincia del Santo Evangelio, que aunque no son costosos, son muy curiosos. Murió con muy grande opinión de santo, así entre los españoles, como los indios y está enterrado en el convento de Guadalaxara, de la misma provincia de Xalisco.

CAPÍTULO LXIII. De otros religiosos de santa vida de esta provincia del Santo Evangelio y de los Arcos, que llaman de Otumpa, por donde trajo el agua al pueblo el apostólico varón fray Francisco de Tembleque



FRAY ALONSO DE TOPAS VINO de la provincia de Santiago; y habiendo estado en esta del Santo Evangelio, tres o cuatro años, se halló muy desconsolado y tentado por dar la vuelta a España, como ha acontecido a otros muchos, y no paró hasta que con importunaciones (sin saber la lengua, ni atender en la obra de los naturales) alcanzó de los prelados licencia para ello. Vuelto a la provincia, y morando en el convento de Salamanca, le mandó su guardián que fuese a pedir por ciertas aldeas comarcanas la limosna de la paja, que de ordinario se pide. Obedeció fray Alonso con mucha humildad, y llegando a un lugar donde nunca había estado, una mujer serrana (la cual afirmó nunca haber visto) le preguntó ¿qué era lo que buscaba? Y respondiendo fray Alonso que demandaba paja para el convento de Salamanca; le replicó ella: Desventurado de vos, padre, que dejastes de ocupar la vida en sustentar almas hambrientas del pan celestial, y venís ahora a buscar mantenimiento para las bestias. Hicieron y penetraron tanto el corazón de fray Alonso estas palabras, como saeta, arrojada de la mano de Dios, que luego a la hora, dejada la demanda de

la paja, dio la vuelta para el convento y contó a su prelado lo que le aconteciera, diciendo que aquella no era mujer, sino ángel que Dios le enviara; y como ciervo, herido de la saeta del estímulo de la conciencia, no sosegó hasta alcanzar otra vez licencia y volver (como volvió) a esta Nueva España, con tanto fervor y espíritu, que luego aprendió la lengua de los indios y trabajó fielmente en su conversión y doctrina. Y a la verdad de creer es que si aquella mujer no fue ángel en figura de mujer, que a lo menos quiso nuestro Señor abrir su boca, como abrió antiguamente las de las mujeres sibilas, e inspirarle lo que había de hablar para proveer su viña de un tan bueno obrero, a tiempo que tenía necesidad de muchos; porque entonces se verificaba aquello del Evangelio, que dice:¹ La mies ciertamente es mucha, mas los obreros pocos. Y también lo que dice Jeremías:² Los niños pidieron pan (conviene a saber) de las almas, y no había quién se lo partiese. Fue este siervo de Dios amigo de su profesión, y muy celoso de la salud de las almas. Cayó enfermo, siendo morador en el convento de Quahquechola y, trayéndolo al de la Ciudad de los Ángeles para ser curado, dijo a su compañero que lo llevaba que no pensaba volver más al convento de donde venía, porque se iba a morir. Y así fue como él lo dijo, que de aquella enfermedad acabó el destierro de esta vida y fue a gozar de Dios. Está enterrado en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles.

Fray Juan de Romanones, natural de un pueblo así llamado, en el reino de Toledo, tomó el hábito de los frailes menores en la provincia de Castilla, de donde vino a esta de el Santo Evangelio, con tan buen espíritu y celo de la salvación de las almas que luego aprendió la lengua mexicana, y en ella predicó y trabajó con los indios más de cuarenta años, y compuso en ella muchos y muy buenos sermones y otros tratados, y tradujo fragmentos de la Sagrada Escritura, por ejercicio suyo y utilidad de los predicadores de indios, porque fue una de las mejores lenguas mexicanas que en esta tierra ha habido. Entró en la religión de poca edad y conservóse por la gracia divina, en la sinceridad e inocencia de su puericia; y fue tanta que una vez, siendo presidente en una casa de comunidad donde había mancebos, cometió una culpa uno de ellos en el coro, estando rezando el oficio divino y, acabado, mandóle despojar para azotarlo, y como no tuviese disciplina en la manga, quitóse un orillo de paño con que traía ceñida la túnica, y con él le dió cinco azotes. El corista, viendo su sinceridad y queriendo probar hasta qué punto llegaba, comenzó a quejarse, como que le dolían los azotes cuando se los daba, a lo cual dijo el santo viejo: Eso quiero yo bobillo, que te duelan, para que con el dolor de ellos enmiendes tu culpa. Bien se coligió de este caso la sinceridad de alma que Dios había puesto en este su santo siervo; y con ser dotado de sinceridad tan pura vivió juntamente en la estrecha observancia de fraile menor en todo; y como vivió así súbdito, como guardián, religiosa y santamente, también murió como muy escogido siervo de Dios, con un espiritual júbilo de ningún santo apenas oído. Había dicho aquel mismo día misa, y a la hora

¹ Luc. 10.

² Lam. 4.

que sintió la voz del esposo celestial que lo llamaba para las bodas celestiales, fue en persona a su guardián y pidióle mandase dar luego la extremaunción, y le llamase los frailes, porque se quería despedir de ellos. Y aunque parecía no ser tiempo, ni estar en disposición para aquello, hízose por su importunidad y consuelo. Y acabado de recibir el olio santo, y decir algunas palabras de edificación a sus hermanos, comenzó en voz entonada (que en su tiempo la tuvo muy buena) a cantar el himno de la madre de Dios (cuyo especial devoto era) que comienza: *¡Oh gloriosa domina!*, y en diciendo las últimas palabras, *in sempiterna sæcula. Amen*, dio el espíritu a su criador. Está enterrado en el convento de Cholulla, donde murió.

Fray Francisco de Tembleque, natural del pueblo de Tembleque, en tierra de Toledo, vino también de la provincia de Castilla, juntamente con el apostólico varón fray Juan de Romanones, cuyo indiviso y singular compañero fue todo el tiempo, o casi lo más de él que estuvieron en esta Nueva España. Aprendió la lengua mexicana, suficientemente para confesar a los indios, y aunque no se dispuso a predicar en ella con el aparato acostumbrado, leíales por un libro la doctrina o sermón que le parecía convenirles, según el tiempo y ocasión en que se hallaba. Era varón de muy constante y determinado ánimo, lo cual se conoció en muchas y diversas ocasiones; una de las cuales fue que morando en el convento de Otumpa, que es ocho leguas de esta ciudad de Mexico, a la parte del norte y viendo que toda aquella provincia carecía de agua, que por ser muy alta la tierra no tiene fuentes, ni arroyos, y que de tiempo de su gentilidad usaban de unas balsas que por otro nombre se llaman jagüeyes, en los cuales se recoge el agua llovediza, como en otro tiempo se recogía en la piscina de Jerusalén, llamada Bethsaida, la cual bebían estos naturales, y aún de presente la beben en muchas partes de aquellas comarcas, por el discurso del año. Y viendo que la de estas balsas o jagüeyes llovediza, con que estos indios pasaban su año y se sustentaban, se la encenagaban los españoles con sus ganados y bestias, por ser camino pasajero para el puerto de la Vera Cruz y otras partes, e ir por él todas las cuadrillas de carros y carretas que siguen este viaje, y por esta causa estar ya estos dichos jagüeyes tales que ya no bebían sus desventurados moradores, sino cieno y lodo en lugar de agua, de que iba enfermando y muriendo mucha gente. Condoliéndose el caritativo religioso de tan extrema necesidad de los pobres indios, trató en su corazón de remediarla, determinándose de traer agua al pueblo, acometiendo en esto una hazaña que grandes y poderosos reyes del mundo apenas se atrevieran a salir con ella, ni él tampoco pudiera disponerse a semejante obra (aunque diga el Poeta³ que a los atrevidos ayuda la fortuna) si no fuera con inspiración de Dios y particular auxilio de la gracia divina, que es el que todo lo vence y pone los medios fáciles en las más oscuras y pesadas dificultades. Fue, pues, la traza traer agua corriente a Otumpa, de nueve o diez leguas adelante, hacia la misma parte del norte, jurisdicción del pueblo de Cempoala, que en tiempos atrás era una muy gran provincia, sa-

³ Virgil. lib. 10. Aen.

cándola de muy pequeños manantiales y de parte (al parecer y juicio humano) mucho más baja que adonde había de venir, estando metida entre cerros y barrancas. Tuvo muchas contradicciones para ello, no sólo de seglares, mas también de los frailes que se lo atribuían a temeridad, y decían que consumiría los indios de aquella provincia con el trabajo grande que habían de tener y, al cabo de haberse cansado y muerto, no saldría con su intento. Empero, el siervo de Dios fray Francisco, que tenía mirado y tanteado el caso, haciéndose prudente y sabio basilisco, tapó sus orejas a los pareceres y razones contrarias que hombres que no lo entendían daban, y comenzó su obra, y la prosiguió con la mano poderosa de Dios, hasta que salió con ella y proveyó de muy escogida agua a la provincia de Otumpa, a la de Cempoala, su convecina, en cuyos términos halló su origen (como dejamos dicho) dejando alcantarillas de trecho a trecho por todo el caño, para provisión de los vecinos. Duró la obra diez y seis o diez y siete años, los cinco de los cuales se detuvo en edificar una altísima puente o arco, por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca, que se puede contar (como la dicen todos los que la ven) por una de las maravillas del mundo. Corre el caño del agua, que este siervo de Dios trajo a Otumpa (que es una atarjea de grandísima y fuerte argamasa) por distancia de 160 u 496 pies de marca, que son más de quince leguas, por los muchos rodeos que lleva; pasa por tres puentes que edificó en tres barrancas; la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece; y la tercera (que es la mayor y casi de milagro) de sesenta y siete, y esta puente corre de un extremo a otro, en distancia de 3 u 178 tercias, que son mil y cincuenta y nueve varas y una tercia. El arco de enmedio de esta tercera puente tiene de altura ciento y veinte y ocho pies, que son cuarenta y dos varas, y dos tercias y de ancho tiene sesenta, que son veinte y tres varas y una tercia, que a los que ven cosa tan maravillosa les pone asombro y espanto. Y lo que más se encarece es que si fuera paso para ello podía pasar por debajo de él un navío grande a la vela tendida. De este arco de enmedio van después disminuyendo los demás laterales de la misma manera que la barranca va subiendo, hasta que el caño o atarjea vuelve a coger el suelo por donde va corriendo el agua y es cosa tan fuerte que desde que se hizo, que ha más de sesenta años, hasta ahora no se ha quebrado parte de este caño, ni ha rezumado el agua (que es cosa muy ordinaria en otras) por ninguna parte de él, ni con temblores, ni por otro ningún acontecimiento; donde se echa de ver la grandeza de la obra y cómo tuvo este bendito religioso mucha mano y ayuda de Dios para hacerla.

De esta empresa a que se puso este siervo de Dios se pueden ponderar tres cosas notables. La primera, su admirable ingenio e industria con que hizo obra tan insigne, segura y perfecta, sin haber aprendido en su vida semejante arte, ni oficio. La segunda su extremado y crecido ánimo, con que emprendió lo que grandes señores, con buenos maestros, dificultaran y temerían de emprender. La tercera, su increíble perseverancia, con que pasó adelante en esta obra que duró más de diez y seis años, y teniendo las infinitas contradicciones que decimos haber tenido; pero todo lo suple

la caridad, cuya propiedad y atributo (según Aristóteles, referido por el angélico doctor Santo Tomás)⁴ es más amar que ser amado; y así se abalanza a todo, sin esperanza de premio; porque si este apostólico varón lo hubiera de aguardar de los hombres, no lo había en la tierra satisfactorio, ni él pienso que pudiera, por ninguno de el mundo, tolerar lo que sólo por el amor de Dios hizo; porque la caridad todo lo sufre (como dice San Pablo)⁵ y todo lo tolera. En esta parte de esta tercera puente dicha, que es la más grandiosa y dificultosa obra del edificio, edificó este apostólico varón una devota ermita, dedicada a la Natividad del Señor, y la llamó Santa María de Belén, donde decía misa y doctrinaba y consolaba a los indios de la obra. Junto a esta capilla hizo una casita para sí, donde se recogía de noche, y algunos ratos del día, tan estrecha en todo que en la celda donde dormía apenas cabía la cama y una mesita, donde tenía su breviario y algún otro libro, por ser este varón de Dios muy penitente y pobre. Duró la obra de esta puente cinco años.

En esta obra tan larga y penosa no tuvo el buen padre fray Francisco de Tembleque más compañero que un grande gato pardo, que cazaba de noche en el campo; y al amanecer, o reír del alba, traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices para la comida de aquel día, que parece cosa increíble pero es purísima verdad; y muchos religiosos vieron esta maravilla que pasando por allí hicieron en la ermita noche, sólo por ver la obra y satisfacerse del cuidado del gato, por correr con voz común por toda la tierra lo que hacía, y cómo se sustentaba a sí y a su amo. Y no se maravillará de esto el que supiere las grandezas de Dios, y que un cuervo traía de comer a San Pablo, primer ermitaño, y que otra cierva venía cada día a dar leche a San Blas, a una cueva, donde hacía penitencia.

Vivió después de esta tan insigne obra, fray Francisco muchos años, y fue guardián del convento de San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles y de otras partes, y difinidor de la provincia, siendo siempre amado de todos, súbdito y prelado, por su religiosa y agradable condición y conversación. Morando en el convento de Cempoala, y habiendo ido una vez a visperas al coro, quedóse en él rezando, como otras veces lo acostumbraba, al cabo de un grande rato que había pasado oyó grandísimo ruido, que le pareció que venía sobre la iglesia de la parte del poniente; y pareciéndole ser fuera de los límites humanos, abrió la ventanilla del coro, por ver qué cosa fuese; y no la hubo abierto cuando vido un grandísimo bulto, muy negro, a manera de culebra, y salió de él repentinamente una luz, como rayo, despidiéndola con un muy recio trueno, y dándole en los ojos al siervo de Dios, lo derribó en el suelo, casi como muerto; y volviendo en sí, ya había pasado aquella espantosa y repentina visión, y levantándose de la tierra le pareció que un ojo se le había saltado del casco y que estaba colgado y pendiente de su parte y lugar propio; volviósele otra vez a su lugar, pero nunca más vido con él desde aquella hora. Éste es un embuste de Satanás que (como decimos en otra parte y contamos este mismo caso) lo

⁴ Div. Thom. cap. 2. q. 27. art. 1.

⁵ 2. Ad Cor. 15.

acostumbraba el demonio entre estos indios idólatras, que era como una manera de encantamiento con que favorecía a unos, para contra otros, en algunos lances peligrosos.

Al cabo de su vida y en su última vejez lo visitó nuestro Señor, con los regalos que suele enviar a sus muy particulares escogidos, privándole de la vista corporal del otro ojo que le quedaba, poco más de un año antes de su muerte, con que fue bien ejercitado y purificado, mediante la virtud de la paciencia que la tuvo, como otro Job o como otro Tobías.

CAPÍTULO LXIV. *De otros santos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY MELCHOR DE BENAVENTE, NATURAL de Benavente, tomó el hábito en la provincia de San Gabriel, de donde pasó a ésta, del Santo Evangelio, con celo de la salud de las almas. Vivió siempre en mucha religión y vida ejemplar hasta la muerte. Tuvo singular celo de la honra de Dios nuestro Señor y de la fe de su santa iglesia y de ayudar a salvar los indios con los cuales trabajó fielmente, haciendo mucho fruto en su conversión y doctrina. Fue algunas veces difinidor en esta provincia y guardián del convento de Mexico y de otras casas. Y siéndolo de Tulantzinco, renunció la guardianía para irse con los otros a la reformación de la Insulana, como en otras muchas partes hemos dicho y referido. Caminando una vez de Quauhtinchan, donde era guardián, a otro pueblo en compañía de otro religioso, su súbdito, le dijo el bendito guardián que para honra de Dios confesaba que en más de treinta años que había tratado con los naturales, por ocasiones que le dieron, jamás había perdido la paciencia ni sentido turbación. Obra por cierto heroica y de tan perfecto varón, como él era; porque los naturales, por ser en aquellos tiempos faltos de las cosas de la fe y pulicía castellana, eran torpes y pesados y muy ocasionados para hacer perder la paciencia, cada momento, a los que con ellos trataban; pero obraba aquí Dios, cuyo siervo era fray Melchor; y estando lleno de su amor y caridad, no era posible menos sino que se sufriese y reportase, por ser efecto suyo, como dice el apóstol San Pablo,¹ ser sufrida. Estando una vez sentado hablando con un religioso pasó por delante de ellos una tortolilla, la cual él llamó con mucha simplicidad. Obedecióle luego aquella avecita y vino volando y púsosele en la mano con grande familiaridad, y dende a poco voló y fuese. Volvió segunda vez y tornósele a poner en la mano; que quiso Dios que a la santidad de este su siervo acompañase la fuerza de la obediencia que en la creación de el hombre puso en él, haciéndole inferiores todas las cosas criadas y dándole potestad y dominio sobre ellas; la cual por su inobediencia se la negaron, y se le subtrayeron todas, desconociéndolo como a enemigo de ella. Pero en esta ocasión de

¹ 1. Ad Cor. 13.